



Esta obra possui uma Licença

Submissão: 18/05/2024 | Aprovação: 30/06/2024



Creative Commons Atribuição-Não Comercial 4.0 Internacional
<https://periodicos.ufpa.br/index.php/revistamargens/article/view/17155>
<http://dx.doi.org/10.18542/rmi.v18i30.17155>

Margens: Revista Interdisciplinar | e-ISSN:1982-5374 | V. 18 | N. 30 | Jan-Jun, 2024



DESDE EL PRINCIPIO ES UNA MADRE: EL PAPEL DE LAS MUJERES ZENÚ EN LAS LUCHAS POR LA TIERRA

DESDE O INÍCIO ÉS UMA MÃE: O PAPEL DAS MULHERES ZENÚ NAS LUTAS PELA TERRA

Zharic Hernández 

Universidad del Magdalena, Santa Marta, CO ¹

Resumen: Esta investigación aborda el papel de las mujeres Zenú del resguardo San Andrés de Sotavento en la lucha por la tierra. Se analiza cómo las percepciones sociales sobre la defensa de la tierra han mutado desde la tenencia del territorio ancestral a la lucha contra el extractivismo y las consecuencias de la crisis climática, entendiendo estas violencias como parte del capitalismo y la colonización moderna, que se encuentran interrelacionadas. Por ello, mediante la construcción de relatos con un enfoque interseccional, se evidencian experiencias individuales y proyectos grupales que construyen imaginarios del territorio y sus conflictos. Asimismo, se presenta una aproximación al valor de la economía del cuidado y las estrategias comunitarias de resistencia, buscando resaltar los aportes invisibilizados de las mujeres en esta larga lucha.

Palabras Claves: genero; economía del cuidado; crisis climática; conflictos territoriales; resguardo indígena.

Resumo: Esta pesquisa aborda o papel das mulheres Zenú da reserva de San Andrés de Sotavento na luta pela terra. Analisa-se como as percepções sociais sobre a defesa da terra têm mudado desde a posse do território ancestral até a luta contra o extrativismo e as consequências da crise climática, entendendo essas violências como parte do capitalismo e da colonização moderna, que estão inter-relacionadas. Por isso, por meio da construção de narrativas com uma abordagem interseccional, evidenciam-se experiências individuais e projetos coletivos que constroem imaginários do território e seus conflitos. Além disso, é apresentada uma aproximação ao valor da economia do cuidado e às estratégias comunitárias de resistência, buscando destacar as contribuições invisibilizadas das mulheres nesta longa luta.

Palavras-Chave: gênero; economia do cuidado; crise climática; conflitos territoriais; reserva indígena.

¹ Antropóloga y miembro del grupo de Investigación sobre las Oralidades (ORALOTECA) del Programa de Antropología de la Universidad del Magdalena en la ciudad de Santa Marta (CO). E-Mail: zharichernandezmm@unimagdalena.edu.co

INTRODUCCIÓN

El resguardo San Andrés de Sotavento trae consigo una vasta historia de enfrentamientos por la tierra. Desde su constitución en 1733 por Carlos III, bajo la Cédula Real de Cartagena de Indias, No. 1060, mediante la cual ordena “el resguardo con 83,000 hectáreas de terreno y 3 barrios: Mexión (San Andrés), Chenu (Chinú), Pinchorroy (Chima), con sus cabildos y capitanes, bajo el mando central de un cacique” (Banco de la República, 1996, pág. 18). Esta distribución temprana despierta por sí misma la segmentación y, con esto, los albores de la lucha contemporánea por el territorio, tal como lo narra el relato de los líderes tradicionales, ofrecidos por Velandia (2003).

Se habla entonces no de 3 barrios, sino de 3 núcleos organizativos. Que están coordinados por el núcleo San Andrés, Finzenú, Pinchorroy. Eso es lo que se, desde 1773. Entonces se encuentra que según el cacique que inició este San Andrés, no es San Andrés, sino Mexion, es el verdadero cacique, el verdadero indígena, pero ante entonces al llegar la derrota desaparece Mexión. Y queda San Andrés, porque el señor que gobernó aquí acabó con los indios y le cambió el nombre y entonces construyó San Andrés (Velandia, Liderazgo indígena: institución política y tradición de lucha en el pueblo Zenu, 2003, p. 40).

Dichas problemáticas por la lucha del reconocimiento del territorio y su cultura han desarrollado diversos periodos de enfrentamientos por la tierra, donde cada uno posee diferentes entendimientos del territorio y, como tal, de la conflictividad. Tal como lo señalaba Alzate (1992)

la iniciativa de los indígenas Zenues por la recuperación de las tierras del resguardo dentro del esfuerzo promovido por la organización campesina en la década de los 70 y el esfuerzo de las organizaciones propiamente indígenas en la década de los 80, ha producido reacciones de tal magnitud que el conflicto suma ya decenas de muertos, especialmente al finalizar la década del 80, en el cual se han visto involucradas las autoridades locales” (Alzate, 1992, p. 36).

Esta separación identitaria no es un factor aislado, ya que representa una historia de eugenicación de raza, donde el poder, representado por un estado nación colombiano, se esfuerza por desconocer y aceptar la valía de una identidad indígena, ancestral y dueña del territorio. Por lo tanto, aunque se reconoce el valor del movimiento campesino para el inicio de la reclamación del territorio, así mismo debemos problematizar el porqué del desconocimiento de su etnicidad y las relaciones de este con el racismo estructural, las fuerzas civilizatorias por una identidad blanco-mestiza con la rápida vía de extinción del pueblo indígena Zenú. Así como la primaria autoidentificación como campesinos de los primeros dirigentes motivó la lucha, esta misma ha sido la causante del atolladero en el que se encuentra actualmente la lucha por el territorio del resguardo, debido a las diferencias y debates identitarios.

A pesar de que cuando se utiliza el término "lucha territorial" para este grupo se sobreentiende solo como el periodo que data un comienzo a inicios de 1973, con la toma de tierras en la finca Venecia, la lucha sigue vigente y mutando, dando respuesta a los fenómenos globales y a las necesidades según la temporalidad. Este suceso nos obliga a entender la lucha por la tierra no solo como una lucha por la posesión física, sino también como una protección de esta y de las vidas que representa.

Estas luchas tomaron calor al abrigo del renacimiento del movimiento indígena en Colombia, que tuvo como claro motor, las orientaciones y movilizaciones de los años 30 – 40 impulsadas por el dirigente indígena Manuel Quintín Lame. El nacimiento del Consejo Regional Indígena del Cauca - CRIC y las demás estructuras organizativas en otros departamentos y a nivel nacional (ONIC), dieron un apoyo crucial al pueblo zenú (Recar, 2012, p. 110)

Estos periodos que comprenden la lucha por la tierra, en el sentido de su recuperación y el derecho a su posesión como pueblo indígena, son un marco introductorio necesario para entender la matriz de una problemática en la cual, en todas sus mutaciones, la principal afectada ha sido la tierra. También es necesario resaltar que esta lucha por la posesión sigue siendo vigente y es de gran importancia para la lucha indígena en el territorio. Es indispensable para poder pensar en una lucha en contra del extractivismo de los pueblos, el despojo y la muerte. Entendiéndolo como lo haría Arzeno (2018), con “una asociación estricta entre territorio, poder, estado y lógica zonal” (Arzeno, 2018, p. 6).

Esta práctica complementaria, centrándonos en los presentes conflictos que se viven en el territorio (2020-2024), sin dejar de lado que la lucha por la recuperación, posesión, protección e identidad indígena/campesina comenzada en los 70 nunca terminó, ya que no se ha logrado en su totalidad el reconocimiento de su territorio y solo una pequeña parte de este ha podido ser reconocido. Además, la persecución y explotación nunca ha cesado, como lo denuncia la Red de Agroecología del Caribe (2007).

El apego a las 83.000 hectáreas que finalmente alideró la corona española ha sido el horizonte de las demandas de las cerca de 53.0000 personas que conforman esta minoría étnica. Pero es preciso entender que, de tal extensión, sólo se alcanzan a poseer cerca de 14.000 hectáreas. Las otras no han sido restituidas a sus legítimos dueños: los indios zenú. Aún más grave es que esas 14.000 hectáreas, soportan una presión desahorada por parte de poderosos intereses locales, regionales y nacionales y de políticas dirigidas a menoscabar los derechos de las comunidades que se resisten a incorporarse a la sociedad mayoritaria. (Recar,2007, p. 117).

Es por esto que resaltar la conflictividad por la posesión de la tierra, como parte de los paradigmas y/o problemáticas matrices de la crisis climática en los territorios, y en mayor medida en

aquellos pertenecientes a comunidades ancestrales, como las indígenas y afrodescendientes, así como aquellas mal nombradas minorías como las campesinas, pescadoras y artesanas, es fundamental. Es decir, todas aquellas que no se encuentran cobijadas bajo la protección del poder y la élite culturalmente blanca, heteropatriarcal y de política de ultraderecha. Por lo tanto, no es una premisa desacertada hacer el vínculo entre ambas violencias territoriales. Ya que, si algo tienen en común los repetitivos golpes dados durante más de 60 años de violencia a manos del conflicto interno colombiano, las multinacionales, los terratenientes y hasta el mismo estado, es quiénes son las víctimas y el escenario o botín de guerra, donde de nuevo la tierra es entendida como un simple objeto en disputa, que adquiere un valor sometido a su riqueza tanto natural como estratégica. Como lo mencionan las autoras Shenerock y Ramos (2021):

El extractivismo se relaciona con la militarización y control de los territorios, con los procesos de acaparamiento de tierras, como el modelo de agronegocio, y los proyectos vinculados a la economía verde, con los proyectos de agricultura climáticamente inteligente, los monocultivos, proyectos de venta de carbono, siembra de transgénicos, entre otros (Shenerock y Ramos, 2021, p. 13)

138 Por lo que es importante mencionar que “el modelo extractivo no se limita exclusivamente a la explotación minera o a la extracción de hidrocarburos. Tiene como rasgo fundamental la apropiación de bienes comunes naturales para la exportación” (Shenerock y Ramos, 2021, p. 13). La implementación de estos modelos extractivos dentro de nuestros territorios se convierte en un fenómeno de muchos brazos, que no solo es fomentado y agravado por los grandes proyectos, sino que se desplaza a lo cotidiano, ensamblando un monopolio que involucra a los habitantes, pero solo como mano de obra o, en consecuencia, como mártires. Parte de los que deben sacrificar sus tierras, productos propios y el pan de cada día, a favor de un mercado del cual son el primer peldaño de producción, pero el último en ganancias, ya que no les conviene ni los representa.

Además, este modelo transforma totalmente el imaginario del territorio y el uso de la tierra, hace permisivo el desplazamiento y acelera la degeneración de estos. Como también afirma Díaz (2023), “si bien algunos de los campesinos se han visto beneficiados de estas plantaciones, al mismo tiempo existe una afectación al medio ambiente, sobre todo debido a la sequía que estas provocan” (Díaz, 2023, p. 53).

No podemos dejar de lado cómo estas afectaciones, focalizadas en la escasez o desmejora de las condiciones y/o necesidades básicas de supervivencia, se convierten en más material de trabajo, una carga de responsabilidades y problemáticas a responder que son asumidas por sujetos específicos. En este caso, la privatización de la tierra a causa de la toma por terratenientes para la ganadería

extensiva, la escasez de agua o la contaminación de esta por la intervención para la plantación y la minería. Son problemáticas que repercuten directamente en los recursos domésticos y la realización de tareas de cuidado, por lo que a priori las consecuencias son mayormente femeninas. Como también lo fundamenta Díaz (2023):

Algunas de las afectaciones que estos monocultivos tienen especialmente para las mujeres, entre ellas identifican la pérdida de tierra, el empeoramiento de la salud y la soberanía alimentaria, la masculinización de la agricultura, así como la militarización y paramilitarización de los territorios. Igualmente, la expansión de la agroindustria ha provocado que cada vez menos campesinos se dediquen a la siembra de maíz y frijol, lo que ha originado cambios en la dieta de la población (Díaz, 2023, p. 53).

Bajo este argumento, sostengo, tanto como investigadora, como hija de la tierra de la cual escribo, que desentramar y narrar los continuos de violencia en contra del resguardo San Andrés de del departamento de Córdoba y Sucre, desde la encarnación femenina, no solo es una propuesta metodológica de un estudio de género, sino una apuesta política por la reivindicación de la importancia de los sentires, historias y prácticas cotidianas del cuidado. Todo lo sutil y hasta romántico, que por su “esencia femenina” ha sido invisibilizado, infravalorado y hasta criminalizado, despojándolo así de su valor tanto para narrar la historia de barbarie como para las acciones de defensa desde lo visceral y sentido.

Este estudio se realiza siguiendo el ejemplo de Díaz (2023), ya que retomamos su concepto de sutileza de la resistencia para construir esta investigación desde una valoración de esos nuevos conceptos y acciones de lucha que no se estaban teniendo en cuenta, y entenderlos en el sentido de la autora como:

La sutileza es una estrategia, pero también lo que se impone a las mujeres que resisten en estos tiempos de violencia y amenazas. Esta resistencia poco visible, más bien silenciosa, no es analizada como una respuesta resiliente frente a las violencias y enormes desventajas de las mujeres, sino al contrario, la sutileza se convierte en una clave para comprender el tamaño de lo que se enfrenta (Díaz, 2023, p. 17).

Por lo que comparto la discusión presentada por Smith (2008), quien no solo comprende cómo la distribución de espacios asigna roles y responsabilidades sociales, sino también cómo, a pesar de que la distinción teórica entre ellos es útil para entender la sociedad en función de los roles de género, es necesario reconocer cómo estos actúan como normativas sociales, principalmente discursivas, pero cuya práctica puede desmentir su grado de validez, esta discusión sostiene en gran medida la tesis de cómo un estudio de género puede evidenciar otras narrativas de la lucha por la tierra y comprensiones de su conflictividad. Como concluye Smith (2008):

El sujeto es móvil porque los límites de lo privado y lo público se definen social e históricamente. En consecuencia, qué mejor argumento que este para aceptar que el sujeto, desde la perspectiva de género, 'se diluye y se mezcla', aportando matices y perspectivas que no permiten ubicarlo como estático (Smith, 2008, p. 123).

Además, afirmo mi posición respecto a la necesidad de que la visión sobre el clima y sus impactos, así como las acciones frente a la crisis climática, son aspectos centrales para observar la emergencia de nuevos conflictos en la lucha territorial. Esto debido a la relación tangible entre las violencias dadas en el territorio por las presiones ejercidas por los terratenientes para obligar a los indígenas a abandonar la tierra, como la quema, el desvío y la contaminación de fuentes fluviales, así como las transformaciones en los usos y costumbres del territorio que se reflejan en la relación con el ambiente, provocadas por la pérdida de la cultura ancestral indígena sobre la manipulación y relación con la tierra. Por lo tanto, se deja de ver a la “madre naturaleza” como un sujeto de sentido, encargada del equilibrio y la existencia misma, y, en consecuencia, al cuerpo femenino como territorio conectado a ella. En cambio, se denomina a la naturaleza como “medio ambiente”, lo que la convierte en un sujeto-objeto neutro en una relación de subordinación con el hombre. Asimismo, el territorio perteneciente originalmente a esta comunidad se ve en blanco para la explotación desmedida de metales y otros recursos mineros, bonanzas como la madera y el caucho, entre otros. Así como son violencias dadas por la pérdida de la posesión, también se convierten, junto con la crisis global, en causales de la contaminación y la crisis climática actual del territorio.

Es por esto que considero crucial utilizar el término 'crisis climática' en lugar del globalizado 'cambio climático', dado su carácter político y comunitario en esta investigación. Mientras que el cambio climático se refiere a las variaciones a largo plazo en los patrones climáticos promedio a nivel global o regional, la noción de crisis climática subraya la gravedad y la inmediatez de los impactos negativos del cambio climático, enfatizando la necesidad de una acción rápida y decisiva para mitigar y adaptarse a estos impactos. Dando un completo cuidado y atención a los conceptos y usos del lenguaje, ya que estos, a mi parecer, transforman la finalidad de una obra.

Por lo tanto, esta investigación representa un esfuerzo por comprender el territorio y reconocer sus luchas, tomando como punto de partida el cuestionamiento sobre el papel que han desempeñado las afectaciones climáticas y la búsqueda de equidad de género en las transformaciones de las nociones respecto a la lucha por el territorio. Esta tarea ha ganado una relevancia significativa en las agendas sociales y se ha posicionado dentro de los 'Objetivos de Desarrollo Sostenible' (ONU, 2015), que los países deben abordar para su desarrollo.

Asimismo, es crucial la transversalidad de estos objetivos, ya que no se debe enfocar únicamente en uno de ellos, sino entender cómo desde la perspectiva de uno se pueden alcanzar varios, debido a sus interrelaciones. Por lo tanto, propongo que, a través de los estudios de género, para la búsqueda de la equidad social, y en medio de un entendimiento de los contextos de lucha por la tierra y las transformaciones del conflicto, atravesados por la crisis climática y, como tal, por los esfuerzos para mitigarla, se ilustre cómo el contexto enriquece la comparación, el cuestionamiento y la reflexión, más allá de las soluciones generalizadas, lo que permite una aplicación más asertiva de estas agendas sociales.

Por consiguiente, es necesario especificar desde dónde se escribe, cuál es la posición metódica y teórica desde donde fundamento esto, no como un listado de muchas cosas, compuestas por un sinnúmero de problemáticas complejas y necesitadas de atención, pero que no tienen sentido entre sí, sino como campos que se interceptan y se dan sentido entre ellos, por lo que no sería posible abordar uno sin el otro. Tal como lo ofrece Crenshaw (1989) con la interseccionalidad: “la multidimensionalidad de las experiencias vividas por sujetos marginalizados” (p. 139). Esta perspectiva reconoce que las experiencias de las personas no pueden ser comprendidas completamente al analizar categorías sociales y sistemas de opresión de forma aislada. Por lo tanto, el intento de evidenciar varias de las aristas de opresión dentro de las luchas vividas por las asociaciones en la misma investigación no es desacertado, para comprender que las diferencias en relación con los conceptos, posiciones y deseos no son causadas por ideas o bandos correctos o equivocados, sino justamente por las diferencias en las connotaciones sociales que representa cada grupo.

Para concluir, esta investigación busca convertirse en un diálogo abierto, horizontal y constructivo, donde pongo en práctica todo lo que aprendí durante los años de formación como antropóloga, pero también como militante por los derechos femeninos y la protección del territorio, como una hija de este, mas no como una extractora de conocimiento que solo busca contar una historia y luego marcharse. Por lo que todos estos conceptos y metodologías solo son una forma de universalizar el quehacer investigativo, en una forma de traducción, mas no apropiación de conocimientos que no me pertenecen.

Todo lo aquí escrito le pertenece a la comunidad y a mí, solo en el sentido y grado que el caminar por su territorio y ser representada por este me permita también ser coautora. La creación de fundamentos metodológicos acertados al contexto y la comunidad en específico es de urgencia para los movimientos sociales, lo que nos obliga, como científicos sociales, a posicionarnos y poner

nuestra producción en función de ello. ¿Qué mejor espacio para comenzar que nuestras cunas maternas?

¿ES LA TIERRA EN DISPUTA ALGO DE QUE HABLAR CUANDO CONCEPTUALIZAMOS LA CRISIS CLIMÁTICA EN LAS COMUNIDADES ÉTNICAS?

Todo concepto tiene múltiples entendimientos, y si la producción antropológica puede dejar algo claro es esto. Cómo una palabra se convierte en concepto y luego ese mismo concepto no solo es definido múltiples veces, sino también criticado, recontextualizado, abolido, etc. Pensar que esto no sucede en la cotidianidad es osar a imaginar a la ciencia por fuera del mundo y no como lo que es, un producto a semejanza de este mismo. Desde los territorios, los conceptos también mutan y, con estas transformaciones, todos los actúales. Por lo tanto, para hablar de lo que es la lucha por la tierra, hay que detenerse a pensar qué están entendiendo los implicados por esta lucha, más que algo académicamente definido. Siendo así, es el actuar dentro de la lucha quien objetivará lo que implica estar en ella y lo que no.

142 Cuando se dice que se escribe sobre las luchas por el territorio, por la fuerte historia de despojo y violencia que se ha vivido en el país, es “natural” que se conceptualicen o encasillen estos estudios como solo cartografías de la recuperación de la tierra o debates relacionados con esta. Donde una visión al “ambiente” queda relegada y no como problemática principal. Pero después de tantos años y viendo detonar una crisis climática que parece no tener fin, es más que necesario cambiar la lógica y posicionar el territorio como el principal sujeto a representar.

Desde esta óptica, las violencias dadas sobre la tierra demuestran ser los causantes principales de la degradación del territorio y, como tal, toda la historia de disputa por ella representa la libertad para poder explotarla. Ya que no podemos ubicar como algo desconocido que la búsqueda por la posesión de la tierra no solo representa una titulación sin nada más, sino una confrontación de intereses, donde el interés capital y de explotación nunca va en sincronía con el derecho a la vida y la armonía de los pueblos con su entorno. Por lo tanto, el despojo no es más que una de las tantas afectaciones que hacen imposible pensar en el cambio climático solo en relación con unas implicaciones biológicas, donde el ambiente y el contexto no van de la mano.

Por lo tanto, es necesario analizar el discurso legitimador del despojo sobre los territorios étnicos para entender cómo lo social es el causante del desequilibrio ambiental y la tierra como poder en disputa es la herramienta del colonialismo y el capitalismo para poseer el poder natural.

Castellanos (2019) argumenta que, “el racismo ha sido un mecanismo del poder para legitimar el gran despojo de la historia, en particular, de los pueblos indígenas y afrodescendientes de las Américas” (Castellanos, 2019, p. 126). Esto, en el contexto del Resguardo San Andrés de Sotavento, se ve reflejado por los grandes procesos “civilizatorios” que se han impuesto sobre la etnia.

La aculturación, la pérdida de todo rastro de identidad superficialmente visible, así como la pérdida de la lengua propia sin reporte de rastro alguno, lo que posiciona al español como única lengua. Además, no se puede dejar de lado que, aunque la propia conformación del resguardo como organización espacial y el cacicazgo como política se puede entender como un invento colonizador más, también representa una mediación de derechos de soberanía entre el “estado nación” y lo indígena, que en los últimos años también ha sido debilitado por medio de corrupción, la persecución y la muerte de los dirigentes. Por lo tanto, ser “blanco” de las políticas nacionalistas que sostienen la fuerza del orden, por medio de la imposición de una identidad blanco-mestiza como herramienta de eugenesia, desconociendo lo indígena, no es tan difícil. Así como lo fundamenta Díaz (2023), “se produce un proceso de legitimización de la identidad mestiza, en la cual se concibe el origen indígena como lejano” (p. 47).

De esta manera, siendo la tierra el botín en disputa que ofrece la nueva llave al poder, del acceso, manejo y comercialización de los recursos naturales, podemos posicionar la lucha, primero campesina y luego indígena, por la posesión como una lucha temprana por lo que hoy se refleja como un enfrentamiento por la vida y el cuidado de los recursos que quedan. Ya que, “las reglas de la casa las disponen los dueños”. Por lo tanto, es valioso retornar a las afirmaciones de Castellanos (2019): “violencia, racismo y rebeldía forman una triada indisociable en la historia de los pueblos indígenas” (p. 115). Rebeldías que, desde la pelea por retomar el derecho al territorio que les pertenece, también pelean por la oportunidad de una vida más digna y nos salvaguardan de un extractivismo libre y sin control.

Estos procesos de despojo a manos de quienes representan el poder, para usurpar las tierras más fértiles, no son un fenómeno nuevo, sino una pelea antigua que se va modernizando. Como evidencian los reportes de Alzate (1992), donde podemos encontrar cómo el desplazamiento forzado de los Zenú los obliga a transformar su relación con el ambiente y cómo estas transformaciones hacen surgir el principio del declive de su cultura natural, que ahora, con su población actual, intenta recuperar.

Los Zenú progresivamente debieron dejar su ecosistema natural cuando los descendientes de españoles empezaron a presionar por las tierras cercanas a la ciénaga y las vegas bajas de los tributarios, utilizando el sistema conectado de aguas para movilizarse y transportar productos.

Esta situación explica que los últimos Zenúes estén ahora hacinados en colinas erosionadas y alejadas del ecosistema de ciénagas (Alzate, 1992, p. 17).

Trasformaciones que podemos precisar en los reportes arqueológicos hechos por Dolmatoff (1958), donde se evidencia, cuál era el ecosistema propio del territorio ancestral Zenú.

El medio natural donde los Zenúes desarrollaban su doble actividad de agricultores y pescadores era la ciénaga y sus tierras aledañas, utilizando su intrincada red de caños para comunicarse. Río arriba hacia otras ciénagas y río abajo con el mar. Esta ubicación tenía relación cultural y económica con el aprovechamiento inmediato de los recursos icticos que ofrecían naturalmente las aguas y los productos agrícolas que ofrecían el cultivo en tierras fértiles por sedimentación recurrente, renovando cada año por las aguas del ríos y caños, que los antiguos Zenúes manejaron con destreza ingenieril con el complejo sistema hidráulico que construyeron para desarrollar su vida anfibia, particularmente los Zenúes del grupo Panzenú de la zona baja del río san Jorge y los del grupo Finzenú de la zona media y baja del río Sinú (caño Aguas Prietas, Bugre y Viejo). (Reichel-Dolmatoff & Reichel-Dolmatoff, 1957, p. 115).

Por lo tanto, el despojo no se encuentra desligado de la crisis ambiental, no solo porque, en su mayoría de veces, es causado por los mismos responsables de la crisis, precisamente para darle rienda suelta a su explotación, sino también porque sobre los afectados se impone un desarraigo territorial que da como resultado la ruptura de la relación simbiótica entre el territorio y el sujeto. Como lo narra Alzate (2019)

Por esto, el desplazamiento de que ha sido objetivo la etnia Zenú que actualmente se hacina en un ecosistema de colinas erosionadas diferente al ecosistema de ciénagas donde primigeniamente se sentaba, ha repercutido de tal manera que ha perdido su lengua y sus primitivas formas comunitaria de cohesión hasta convertirse en un conglomerado de unidades familiares “campesinadas” en unidades de producción de subsistencia y unidades familiares postergadas con niveles por debajo de la subsistencia (Alzate, 1992, p. 15).

Ahora bien, este modelo de despojo con finalidades de explotar la tierra del pueblo Zenú, no es algo lejano, sino una problemática reciente y recurrente. cómo nos narró Yalila Palomo² lideresa del bajo Sinú, representante de ASPROCIG.

Todo este problema del cambio climático ha sido muy duro, no solamente por lo que se está dando por el calentamiento global, sino también por los conflictos que hemos tenido por la hidroeléctrica, y también con los terratenientes que han venido tomándose la ciénaga y secando el ecosistema. Así algunos campesinos que tenían su pequeña parcela alrededor de ese cuerpo de agua se han visto obligados a vender sus tierras y desplazarse porque de lo contrario podrían perder la vida. (entrevista Yalila Palomo, 2023).

² Yalila Palomo una de las representantes de ASPROCIG: Estas entrevistas se realizaron en marco del taller Aprendizaje e iniciativas comunitarias del Caribe Colombiano frente al cambio climático, organizado por el grupo de investigación del cual soy semillerista ORALOTECA, en alianza internacional con la universidad de Marburgo (Alemania) En mi Alma mater, universidad del Magdalena 24, 25 de febrero de 2023. Para consultar la transcripción completa acceda al siguiente enlace <https://n9.clg49y4>

Problemáticas actuales, en las que se ve representado un estado cómplice e irresponsable, que no le da viabilidad a la ley ni protección a quienes intentan, por las vías legales, proteger el territorio.

Como es el caso del incumplimiento a la tutela T-194 de 1999, expuesta y ganada por ASPROCIG, fallo que según debería dar protección al ecosistema Ciénaga Grande del Bajo Sinú, que atravesaba todos los municipios desde Lorica (Córdoba) hasta Ciénaga de Oro (Córdoba). Pero, en cambio, los terratenientes siguen construyendo muchos jarillones dentro de la ciénaga y conservan las tierras, por lo que toda esa extensión se ha ido secando gradualmente a causa de las estructuras allí localizadas.

Sin olvidar el monstruo de URRRA, la central hidroeléctrica, con sus embalses multipropósito. Obtuvo aprobación por el Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente (Inderena) en abril de 1993 e inició sus obras en julio del mismo año. En 1996 comienzan a desviar el río Sinú para la construcción de las represas, todo esto con autorización del Ministerio de Medio Ambiente, para el llenado de embalses y así dar inicio en los 2000 a las operaciones de la hidroeléctrica con cuatro unidades, convirtiéndose en la empresa de servicios públicos URRRA S.A E.S.P. Proceso que se ve envuelto por la violencia y el sometimiento de un para-estado, que, por medio de la intimidación, asesinato y desplazamiento forzado, favoreció la toma de los predios necesarios para el accionar de la hidroeléctrica. Violencias en las que debo destacar el asesinato del líder de la organización Do Wambura (Adiós Río), Kimy Pernía, el 2 de julio de 2001, quien militaba en contra del proyecto energético y los incumplimientos que la empresa URRRA había tomado con la comunidad Embera Katío. Asesinato que, en 2007 Salvatore Mancuso, tras su desmovilización, reconoce que fue cometido bajo la orden de Carlos Castaño, líder máximo de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

Debo hacer la aclaración de que, a pesar de que estas represas no se encuentran dentro de los límites Zenú, sino dentro de los pertenecientes a la comunidad Embera Katío, las afectaciones son para toda la región. Como también afirmó Yalila Palomo, que le otorga la culpabilidad a estas represas y sus extractivos del desplazamiento y pérdida de algunas especies naturales endémicas en la región.

URRA, cuya construcción supuso un cambio en el cauce del Sinú y una reducción de su nivel, lo que ha provocado que las inundaciones sean cada vez mayores. Anteriormente esto era de dos a tres días, y ahí todo el mundo Feliz, en especial el pescador, para quien resultaba productivo porque había más flujo de bocachico. Sin embargo, esa especie ha llegado incluso a cambiar su desplazamiento de vida. Al igual del caso de la hicotea y la tortuga de río, que se reproducía en las playas. En la actualidad debido a URRRA, hoy sube el río y mañana baja y el otro día otra vez está lleno, entonces ya no se pueden formar las playas. (entrevista Yalila Palomo, 2023).

Otra denuncia, relacionada con las problemáticas que aquejan el territorio a nivel ambiental y fomentan el despojo, es el uso de las fincas del expresidente Uribe, donde la mayoría de su gran extensión está destinada a la ganadería extensiva y al monocultivo de palma. Además, se encuentran las consecuencias dejadas por las camaroneras, las cuales, a pesar de que la población pudo erradicarlas, el despojo y las consecuencias ambientales, principalmente en el manglar, siguen vigentes.

Esta lucha, sin embargo, no fue sencilla, tomo entre cinco y seis años y con ayuda a nivel internacional, porque acá como los medios de comunicación, son de la elite, estaban a su favor. Para ese apoyo tuvimos que ponernos en contacto con la Red Manglar internacional, de la que somos parte y vinieron. Lo peor era que el dueño de esas camaroneras era, imagínate, el mismo ministro de Ambiente, quien les daba viabilidad a todas esas empresas. Ahora la lucha, es por todas esas tierras, que también en tutelamos porque eran de campesinos y eso era un asentamiento indígena que ellos hicieron desplazar. (entrevista Yalila Palomo, 2023).

CUANDO LAS MUJERES SE ORGANIZAN

“Yo soy una mujer indígena de santa fe, resguardo Zenú, soy una matrona indígena del pueblo indígena Zenú. Yo me siento orgullosa de mi proceso como mujer indígena, una valentía, ya que, a través de eso, es que hemos llegado hasta aquí, es lo que somos y no nos podemos equivocar con eso. Somos lo que hacemos todos los días con las labores del campo. Me encuentro sorprendida hasta donde ha podido ser nuestro proceso” (Petrona Campo, Asproal, 2024)

“Ya que había algunos compañeros que entraban las mujeres y ellos no entraban. Y eso nos dio mucha dificultad, para poder ir a las reuniones o hacer los productos, ya que los papas o los maridos no las dejaban, decían que eso era perder tiempo, que de eso no salía nada bueno, quizás hubo algunos casos más violentos, pero de eso no se habla, como siempre” (Andrea Pérez, Peñol del desarrollo, 2024)

Para poder hablar del hoy, hay que reconocer a quienes nos antecedieron, todas las luchas sufridas y poco reconocidas que vivieron aquellas que pusieron sus vidas en función de la lucha por los derechos que hoy tenemos. En nuestro caso étnico y rural, estas luchas fueron una búsqueda por la dignidad y la supervivencia, más que algo netamente ideológico.

Así, para hablar del papel de la mujer Zenú en la lucha por la tierra, debemos remontarnos a los conflictos por las tomas de tierras en los años 70, 80 y 90, mencionados en el apartado anterior. De la misma manera que la lucha por el territorio y su comprensión ha pasado por varias fases, la representación de las mujeres también lo ha hecho. En una primera fase, su presencia fue borrada de la historia popular, convirtiendo durante mucho tiempo los relatos sobre las primeras tierras recuperadas en “hazañas de señores”. Este discurso, con el tiempo, hemos podido poco a poco comenzar a derrumbar, especialmente desde los nuevos procesos organizativos, donde las mujeres y las tareas que durante tanto tiempo han realizado empiezan a recibir la visibilidad meritoria.

Este mérito ha traído a la discusión el doble relato del conflicto territorial, donde las mujeres narran sus experiencias en las tomas, además de los motivos de sus silencios. Para construir estos relatos, acudiré a las voces de las implicadas, aquellas que hoy hablan desde la experiencia de los tantos años vividos y la aproximación en carne propia a todos los relatos mencionados en este texto. También, desde esos mismos recuerdos y sentires, ayudan a rememorar las luchas de aquellas compañeras que fueron asesinadas por defender la tierra o por ser compañeras de algún dirigente, sin olvidar a las que lograron sobrevivir a la lucha, pero han muerto en los últimos años en el total olvido.

Como lo menciona Mirelys Peña Lázaro, representante de la fundación Mujeres Zenú, fundación que acompaña el proceso de reparación familiar y colectiva de las mujeres víctimas de la violencia en el resguardo, en especial las viudas y madres de dirigentes.

El resguardo tiene una deuda imperdonable con nosotras y la memoria de los nuestros. Ellos dieron la vida por sostener esta lucha, por defender los derechos de todos, pero sus muertes parecen no valer nada. Nosotras perdimos a nuestros esposos, hermanos e hijos por defender esta tierra y, ahora que la tienen, se han olvidado de nosotras. Los derechos se los han repartido entre los nuevos, aquellos que se montaron al poder sin saber todo lo que costó, y a nosotras nos dejaron solas y en el olvido... Mi esposo fue cacique en los 2000, pero desde los 70 lideró los procesos para la construcción del cabildo de Tuchín. Fue asesinado en diciembre del 2001, en su último año de mandato como cacique. Cuando lo pienso, hubiera preferido que nunca lo hubiera sido. En ese entonces, él vivía con otra muchacha, usted sabe cómo son los hombres. Con ella tenía dos niños pequeños y estaba embarazada de mellizos. Lo que se sabe es que, cuando entraron a la casa, ella estaba ahí. Los asesinaron a los dos, no les importó que ella estuviera embarazada. A él lo desmembraron y a ella la empalaron, amputaron su seno y partes íntimas. Eso fue tan atroz. Todo porque él no aceptó entregar el dinero de los capitanes a la gente armada que en ese tiempo mandaba aquí... Cuando comencé el proceso de reparación para él, intenté hablar de ella, porque nadie merece morir así y que no pase nada, pero no me dejaron. Como yo era esposa de él, nadie hizo nada por ella. Esa muerte quedó así. La familia se fue y se llevó a los niños; se cree que los amenazaron. (entrevista a Mirelys Peña Lázaro, 2024).

Este olvido no solo aqueja a las familias, sino también a los y las que representaron la lucha por la tierra. Como Lucinda Flores, que al momento de su marido levantarse de la mesa y quedarse sola conmigo con la excusa de tomarnos un café, me cuenta a media voz.

Lo que usted pregunta si es importante, si éramos muchas mujeres y lo que nos sometimos a vivir fue muy duro. Nosotras éramos las que íbamos adelante cuando la policía llegaba a sacarnos a la brava de las tierras, nosotras con los niños, éramos la barrera viva para proteger la tierra y los hombres que ya estaban siendo buscados para asesinar, porque en los 80 y primeros años de los 90, las mujeres creíamos estar seguras, poder ser un puente de negociación, con las monjas. Gracias a las Laurianas no me mataron. ... Yo en esa época acompañe a mi esposo como a tres o cuatro tomas, éramos un poco de mujeres, nosotras íbamos, aguantábamos frío y mucha hambre, nosotras nos encargamos, de organizarnos acá en las fincas, para buscar para llevarles donde estuvieran haciendo la toma. Luego íbamos y cocinábamos lo que encontráramos. Nuestra labor era no dejarlos morir de hambre... En la última toma que fui, se metió la policía, acabando con todo lo que ya teníamos ahí, ollas, cambuches, todo. La gente intento correr y defenderse, pero

fuimos arrinconados y muchos presos, entre esos mi esposo y yo. Nos montaron en carros y dieron un montón de vueltas por el pueblo, para eso nos separaron a mi esposo y a mí, conmigo se fue una monja misionera, una panameña recuerdo muy bien. Ella sabía que si me iba sola me iban a matar. Gracias a ella estoy viva y libre, el día siguiente que nos llevaron a Montería, ella busco como comunicarse con el convento y nos fueron a rescatar... Todo lo que tuvimos que vivir fue muy doloroso, da mucho dolor y aun miedo hablar, pero es importante, porque muchas han muerto sin nadie que las valla a ver, sabiendo que gracias a ella es que tenemos estas tierras y esos beneficios con los que los de ahora, se van para la ciudad y nunca más vuelven. (Entrevista, Lucinda Flores, 2024)

Por lo que decir que el mundo como lo conocemos hoy en día existe y es sostenido por las labores de cuidado, las resistencias sutiles y la fuerza de aquellas que no les quedó otra opción, no solo queda en la teoría, se vive en cada relato. Entre las tantas mujeres con las que hablé, compartí un café, me encontré en una tienda, en la finca o en los pozos, siempre se repiten los mismos patrones. Como lo dice Eloísa Pérez, exdocente del colegio rural Álvaro Ulcue Chocue y militante por los derechos femeninos desde el magisterio.

Todas hicimos parte, aquí cada una defendió la tierra desde lo suyo, como podía, ya que defender la tierra era la única forma de no perderlo todo, en eso se puso hasta la propia vida... En esos estuvieron las campesinas e indígenas desde las fincas, decir que el campo es algo de hombres es mentira, fuimos nosotras las que no dejamos morir todo esto y todavía sigue así... Nosotras las docentes también, apoyando con lo que sabíamos, estuvimos ahí para ayudar al proceso organizativo y por eso nos mataban, porque según nosotros éramos los que los revolucionábamos a los indios. Hasta las monjas, ellas iban y acompañaban a las esposas en las fincas a los hombres en la toma de tierras... y de toda esa unión logramos cosas hermosas, no solo logramos, las tierras recuperadas y las titulaciones colectivas, también logramos grandes procesos para la vida... Como Manesca³ que fue nuestra creación como mujeres, porque nuestra lucha fue esa, una lucha por la vida, la salud y las mujeres. Por eso el eslogan, era toda una lucha por la vida. Pero la acabaron y con eso también han venido matando nuestra moral. (Entrevista Eloísa Pérez, 2024)

Volvemos a la premisa de que la lucha por la tierra nunca ha sido solo una pelea por la posesión. Esto ha sido una lucha por la preservación de la vida y por proteger la tierra de aquellos que solo la han querido como un arma de guerra o material de explotación. Para este proceso, lo primero fue recuperar el territorio, ya que sobre él es que se construye todo lo que somos, una lucha que aún sigue vigente, a pesar de todos los años, esfuerzos y muertes. Todavía gran parte del territorio perteneciente, por titulación real, al resguardo San Andrés de Sotavento sigue en manos de terratenientes y explotadores ajenos al pueblo indígena, como ha quedado evidenciado en el apartado anterior.

Siendo así, a finales de los 90, el proceso organizativo femenino cambió de tener su interés principal en la toma de tierras a fusionarse con intereses comunitarios. Se buscaba capacitar a la gente,

³ Central prestadora de salud comunitaria.

desde las organizaciones ya creadas, para ganar espacios que hicieran sostenibles las tierras que hasta el momento ya se habían logrado. Estos procesos nos los narró Ilsa Blanco, artesana y exrepresentante de la organización Mujeres Zenú.

Yo me uní a la organización porque las mujeres nos tenían como nada, solo la cocina, los hijos y el marido. Cuando me casé a los 30, mi esposo estaba en el movimiento y trabajaba con las misioneras, y yo lo veía, hasta que me metí. Terminé organizando hasta 500 mujeres. Nosotras teníamos muy buenos proyectos, como la construcción de centros de salud, la atención humanitaria para la alimentación. Logramos que trajeran esas bolsas del arroz 'engorda pela'o', como decían, mientras se organizaba la gente con sus cultivos. Por ahí también le trabajamos a las huertas comunitarias y a las capacitaciones para que las mujeres aprendieran a hacer cosas y de eso vivir. Ya no solo era pelear la tierra, sino trabajarla y cuidarla. Ahí duré 20 años como presidenta, pero eso lo desarmaron. Hoy en día solo hay 35 comités, cada uno con máximo 10 mujeres. Me duele ver cómo todo ese trabajo que nos costó tanto lo han dejado perder. Ahora, con todo lo vieja que estoy, a mis 70 años quiero volver a organizarlo para mis nietos, para que sigan con eso y no se pierda. Porque si algo nos ayudó a poder llegar como mujeres indígenas con dignidad donde sea, fue eso, organizarnos. Hoy en día, de esas 500 mujeres que éramos, seguimos trabajando desde otros lados. Tenemos una en la ONIC. Por eso es que debemos continuar firmes y no permitir que esta corrupción que se ha metido en nuestra lucha por la toma de la nueva politiquería nos acabe. Esto es muy importante para nosotras. Recuerdo que había muchos dirigentes importantes, pero cuando tomaban cogían a sus mujeres y les daban golpes a esas pobres muchachas, y nadie hacía nada porque se tenía el pensamiento que eso era así, que eran cosas de maridos. Pero ya eso no es posible, eso no se permite. Por eso es importante que nos agrupemos (entrevista a Ilsa Blanco)

En la actualidad, la mitigación de la crisis climática, las luchas por alcanzar la equidad de género y la reparación social frente a los distintos tipos de violencia se han convertido en el marco de interés compartido por los gobiernos que buscan alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Sin embargo, la obtención de estos no es únicamente de dominio e interés estatal. Por el contrario, las comunidades ocupan un lugar de vital importancia en la defensa de la vida desde los territorios, como se ha venido demostrando, donde los logros de sus procesos organizativos anteceden a estas preocupaciones estatales y sus militantes han representado en mayor medida los procesos de defensa y reparación de las violencias.

Es por esto que otra perspectiva que muestra cómo, desde los propios territorios, existen explicaciones a las afectaciones y transformaciones de lo que venimos llamando “cambio climático”. Además, cómo, mientras se es fiel a estos discursos ancestrales, se construyen en los territorios estrategias para intentar retomar el equilibrio perdido. Donde el paternalismo e intervención poco sostenibles de ajenos dejan de ser necesarios. Procesos en los cuales las mujeres toman un papel de vital importancia, aunque este no sea siempre reconocido en la esfera pública. Esto siendo un doble discurso que, tanto como proporciona herramientas valiosas de multiplicar, también visibiliza cómo las tensiones a causa de la estructura patriarcal no son ajenas a la lucha por la tierra. Por lo tanto, es

importante mencionar cómo, en simultaneidad a los últimos años de los 90, comienzan a surgir otros tipos de asociaciones u organizaciones, unas que centran su interés en organizar a la gente para defender la tierra de los saqueos y contaminaciones de los terratenientes. Así mismo, prepararse para recuperar la cultura de agricultura y pesca que, a causa del despojo, se había perdido. Lo importante de las asociaciones en el resguardo no son sus múltiples focos de interés, las anteriormente nombradas, focalizadas en la tenencia y luego lo cultural, y estas en lo natural y ambiental. Sino que no eran excluyentes, los habitantes acompañaban varios de estas asociaciones, entendiéndolas como proyectos complementarios. Así mismo, representan la sostenibilidad de un proceso, que cuando uno parece llegar a su fin, sus frutos son retomados por la misma comunidad para evolucionar.

ASPROCIG, Asociación de Pescadores Campesinos Indígenas y Afrodescendientes para el Desarrollo Comunitario de la Ciénaga Grande del Bajo Sinú, nace en el año 1991 para subsanar la necesidad de seguir con la lucha por la tenencia de tierras en Córdoba, lucha que parecía quedar abandonada por el rompimiento de las dos asociaciones o entidades que llevaban estos procesos a nivel nacional, Panal y Anuc, a causa de bipartidismos políticos que enfrentaban al país para la época. Es así como algunas familias que participaban activamente en estos movimientos campesinos a lo largo de la cuenca baja del río Sinú se unieron para llevar estos procesos ahora como ASPROCIG. En 1995, se repiensa los sentires de la asociación para dirigirse hacia una lucha más integral, que busca rescatar las memorias y saberes culturales del territorio y sus comunidades ancestrales, para alcanzar la soberanía alimentaria y el equilibrio perdido.

Su propuesta de desarrollo sostenible y comunitario que quiero resaltar es el ABIF, “Agenaton Biodiverso Familiar”, un espacio biodiverso compuesto por un mínimo de 83 especies vegetales de 6 grupos de plantas diferentes. Este proyecto impulsa una sostenibilidad económica al mismo tiempo que la reforestación y el rescate de plantas originarias del territorio. Retoma los conocimientos ancestrales de la siembra y huerta familiar relacionadas con el patio, una práctica que se encontraba en desaparición y que con este proyecto vuelve a surgir de una manera productiva. Además, ofrece soluciones ante la inequidad de género, ya que su construcción influye en todas las esferas del hogar, resignificando las tareas de cuidado y la crianza de los hijos o cualquier otra representación del traspaso generacional en el hogar. Así mismo, le otorga tareas y parte del liderazgo a cada uno de ellos. Lo que hoy, 23 años después, nos ofrece no solo soluciones sino una mirada completamente diferente a la que los estados y su estructura capitalista ofrecen para la salvaguardia de los territorios de la crisis climática, la equidad de género y la inclusión generacional.

ASPROCIG es creadora de múltiples proyectos y propuestas para la lucha por el territorio, como lo son “El plan de aprovechamiento sustentable de los recursos hidrobiológicos en la ecorregión cuenca baja del río Sinú” (ASPROCIG, Grupo Semilla, 2002), y “La propuesta de desarrollo rural territorial: Una apuesta para la adaptación al cambio climático” (ASPROCIG, Grupo Semilla, 2012), tanto como su “Modelo sostenible de desarrollo para la cuenca baja del río Sinú departamento de Córdoba” (ASPROCIG, 2016). Esto los convierte en productores y precursores de sus propias ideas, trabajando desde la dualidad entre el quehacer en el campo y la academia.

Todos estos proyectos se piensan desde la necesidad de ofrecer soluciones viables a su propia comunidad, que no los comprometa con multinacionales ni la politiquería local, ya que como lo expresa Yalila Palomo, una de las voceras con la que tuve el gusto de interactuar.

Las soluciones a las comunidades no van a llegar de fuera, SI bien siempre aparecen personas en época electoral afirmando “vamos a hacer esto “eso lo que hace es malacostumbrar a la población a que les den, ellos no hagan. En cambio, si el trabajo lo lleva cabo usted mismo, lo va a valorar. La solución es tomar sentido de pertenencia, nosotros mismos (Entrevista, Yalila Palomo, 2024).

En espacios donde el feminismo no siempre es un tema principal, al no ser llevado como concepto, pero que, en la práctica queda en evidencia, son tan necesarios los contextos. Claro está, un feminismo comunitario/indígena, alejado de las exigencias violentas del feminismo occidental. Así como lo menciona Cruz (2020): “el feminismo comunitario territorial debe ser leído en el marco de las luchas por la defensa de los territorios y recordar que los despojos a los territorios indígenas son de larga duración y que quienes han hecho frente a las violencias racistas extractivas son los pueblos organizados, donde las mujeres han tenido un papel vital” (Cruz, 2020, p. 102).

Es por esto que la presencia de FUNDAPADEV, la Fundación Pañol del Desarrollo, cobra un papel fundamental en esta investigación, al ser un espacio creado por mujeres, entre mujeres, para mujeres, pero en el cual no solo ellas se ven beneficiadas. Es aquí donde el sentido del feminismo comunitario y el ecofeminismo cobra relevancia, especialmente este último.

Como menciona D'argemir (1998): “las mujeres no solo están más cercanas a la naturaleza porque su cuerpo es diferente del de los hombres, sino porque sus actividades están íntimamente relacionadas con dar, mantener y reforzar la vida” (p 153). Las actividades principales de esta fundación se centran en abanderar la economía del cuidado, como actividades que sostienen el mundo capitalista tal como lo conocemos. Desde la cocina, elaborando productos y luego ofreciendo espacios seguros para las mujeres en el mercado local, crean una función circular de la producción y, como tal, de las oportunidades. Aunque son ellas las representadas directamente por la asociación, sus hijos, padres, esposos, etc., también se benefician, convirtiéndose en los proveedores de las materias primas.

FUNDAPADEV Fue creada por Denia Montaña a inicios de 2019. Es una fundación que busca construir espacios para las mujeres agro-productoras, desde la juntanza. Como lo dice su creadora: “solas es muy difícil que podamos, pero si nos acompañamos y nos damos fuerza en el proceso, podemos”. La fundación retoma todos los conocimientos adquiridos con los años de lucha por la tierra, así como las capacitaciones y proyectos productivos que alguna vez beneficiaron a sus familias cuando ASPROAL, la Asociación de Productores Agropecuarios Alternativos de San Andrés de Sotavento, estuvo activa. Entre estos proyectos se encuentran el trabajo con plantas medicinales ("Programa Género y Desarrollo", ASPROAL, 2004) y el proyecto de recuperación de los maíces criollos y la soberanía alimentaria de la región Caribe ("RECAR", Grupo Semilla, 2012). Estos proyectos evidencian las múltiples formas en que la evolución o transformación en las percepciones sobre el territorio, sus costumbres y luchas, no tienen por qué llevar consigo una destrucción de lo tradicional, sino, por el contrario, nuevas formas de defenderlo.

Ambos grupos, ASPROAL y FUNDAPADEV, son complementarios no porque estén conformados en su totalidad por las mismas personas o representen los mismos gremios, sino porque demuestran cómo un proyecto, cuando es autosostenible y representa los intereses de la comunidad, inspira y se transforma de manera que la iniciativa, aunque cambie, no muera. Estos dos grupos son un ejemplo de las transformaciones en las concepciones de la lucha territorial mencionadas en el apartado anterior. Una primera generación con ASPROAL en los 90, que comienza a cuestionarse cosas y a construir en medio del conflicto, entendiendo la tierra desde la producción y la preservación de esta en proporción a que lo propio, lo indígena, no se pierda. En respuesta a su contexto de disputa y violencia descontrolada, buscaban asegurar lo primordial: la tierra, el alimento y la salud. Así mismo, sembraron los principios de una lucha por una visión de género en el campo, que funciona como cimiento fuerte para la valoración de proyectos o espacios especialmente enfocados en las mujeres. Esto las catapultó a ser jefas, representantes, dueñas de sus propios proyectos, o en su intención principal, representantes de la lucha por la tierra. No es que antes no lo fueran, sino que se construyeron como una forma de legitimar, ofrecer dignidad, nombre y espacio a lo que ya antes hacían, pero ahora con una representación propia y autónoma.

Siendo así, el programa Género y Desarrollo, en cualquiera de sus vertientes, ya fuera el proyecto de plantas medicinales, la recuperación de semillas criollas o la agroproducción limpia, fue la ventana para que la primera generación de mujeres, en los 90 en el resguardo San Andrés de Sotavento, mismas que ya llevaban sin reconocimiento el acompañamiento en la toma de tierras, se reconocieran como líderes mediante la asociabilidad femenina. Estas mujeres recorrieron los

corregimientos en busca de más compañeras, llegando a tener 200 mujeres formándose para ser parte de un proyecto productivo. El proceso consistía en recibir una capacitación, que luego se ejecutaba en sus parcelas si las poseían y, de no tenerlas, en tierras compartidas con otras mujeres. Recibían material semilla, el cual sería devuelto tras la cosecha en forma de semillas, ya que los proyectos estaban destinados al pan coger y a lo comunitario.

Razón por la cual comparar a FUNDAPADEZ como hija de ASPROAL es tan significativo, ya que ayuda a mostrar desde el ejemplo cómo la toma de las mujeres en los espacios organizativos ha sido un proceso gradual. Hemos pasado de ser un sujeto invisible en el relato popular a considerarnos compañeras de lucha, una ayuda que no podían ocultar, aunque sí posicionar como inferior, para culminar como líderes, guías en la lucha por nuestras propias necesidades.

Hoy en día, FUNDAPADEZ representa esa evolución por medio de sus proyectos, como el proyecto de preservación de las semillas criollas. Este proyecto es una continuación de lo que ya hemos logrado. Lo que en su momento con ASPROAL hablábamos de recuperar, ahora se piensa en preservar, ya que sus integrantes buscan dar respuesta a las afectaciones ambientales que su territorio está viviendo. Cada vez más sufren de plagas, inclementes veranos o rápidas inundaciones que los obligan a rediseñar los calendarios de cultivo y, a través del tanteo y error, encontrar herramientas propias para amortiguar la crisis. Como nos compartió Bianides Donado, una de las integrantes de la fundación:

Antes era posible, que la propia tierra diera frutos, era normal uno agarrar para el monte ver de cuando animal o planta silvestre que se podía comer, la comida nunca faltaba. También uno se ha dedicado al campo y desde que uno tiene tierra, solo era darle lo que necesitaba y ella agradecía nos daba cultivos hermosos y animales saludables, Ya eso no se puede, porque ya no sabemos que necesita la tierra. Uno antes sabía cuantos meses llovía y cuales eran y uno se preparaba para eso, pero ahora no se sabe nada. Uno va siembra, se mete la lluvia y lava todo o esperas que llueva y el sol está a su todo. Por lo que hemos tenido que comenzar a ayudar a la tierra, por ejemplo, la tierra se comenzó a secar y romper, por lo que ahí no pegaba nada. Nosotros vimos que, sembrándole Montesito, bejuco de esos que se agarran a la tierra, eso se pega y ayuda al suelo. También con las plantas que se estaban perdiendo, porque ya no se daban silvestres, porque como habían una cantidad de cosas, que comíamos éramos nosotros los indígenas, eso no se vendía y la gente dejó de sembrarlo, como el gambaña, entonces nosotros comenzamos a guardar las semillas y decirles a las otras mujeres que lo sembraran en sus patios. (Entrevista Bianides Donado, 2024).

Como este relato y muchos otros, en conjunto con las visitas que hice en enero y febrero a sus parcelas por invitación de las propias mujeres cuando nos conocimos a principios de enero en la casa de la señora Edenia Montaña, La cual, como el apellido Montaña lo indica, es mi prima por linaje materno. Este mismo linaje me motiva a realizar este viaje por el reconocimiento de nuestras acciones en esta lucha por la tierra. Pero de la familia Montaña hablaré al final. En este momento quiero centrarme en los proyectos grupales de la fundación, como los que para mí son dos proyectos

hermosos y complementarios: la implementación del mercado verde y el trabajo conjunto desde la siembra hasta la venta para que este sea un éxito, y la elaboración de la marca de chocolate criollo artesanal cultivado, fabricado y vendido por ellas.

El mercado verde es un proyecto comunitario impulsado por la fundación, que consiste en que cada último domingo del mes las personas salen a vender lo que han cultivado o hecho. Este proyecto se destaca ya que representa varios aportes al pueblo de Tuchín. Por un lado, ofrece una actividad productiva al pueblo, donde no solo se venden productos de la canasta familiar, sino otros productos fabricados por mano de obra local, permitiendo una actividad recreativa familiar. Por otro lado, el mercado nace con la intención de apoyar a las mujeres a integrarse al mercado local, que se encontraba mayoritariamente ocupado por hombres. Estos esfuerzos tienen el fin de que las mujeres de la fundación no necesiten más intermediarios, siendo sus únicas representantes. Este proyecto construye de manera armoniosa todos los niveles de producción, ya que no solo se queda en el acompañamiento para la producción, sino en la capacitación y respaldo para que al finalizar puedan vender sus productos de la manera más justa.

Silvana Estrada, una de las integrantes de la asociación, nos contó su experiencia:

Cultivar y vender en el campo siendo mujer no es diferente o más difícil, solo nos han acostumbrado a que así lo sea, por ejemplo, con la vergüenza, nos hacen tímidas, sin capacidad de sentir amor al ofrecer los productos, sintiendo miedo. También como los hombres han respondido a tenernos que ver vender cada fin de semana en la plaza de Tuchin y que cada vez somos más. Siempre dicen que hacen ese poco de mujeres aquí, nosotros manejamos eso, mediante conversación con el grupo, que seremos resistentes y sin ponerle atención a los otros, mucho menos a los hombres murmurándonos. Vamos es a vender y mostrar lo que hacemos. (entrevista, Silvana Estrada, 2024).

De la misma forma, la marca de chocolate criollo representa una iniciativa integral, ya que no solo va de la mano de los esfuerzos por convertir al resguardo en un territorio libre de transgénicos, mediante la plantación y elaboración de productos con maíz criollo. Productos como el chocolate criollo, compuesto de maíz y cacao. Denia Montaña, como representante de la fundación, me contó cómo fue el trabajo para la creación de este producto. Denia Montaña narra:

El chocolate criollo. Que hacemos es maíz y cacao. Es un producto que se hace de manera artesanal en esta región y que nosotros lo hemos tecnificado. Para la creación de esta marca. El grupo principal que se arriesgó a crear esta marca fue de 8 mujeres. Ya que las otras son un poco más señoras y, por lo tanto, tradicionales, Más de la casa. Nosotras ya hemos tecnificado el proceso. Tenemos horno, que fue donado por una fundación sin ánimo de lucro internacional. Nosotras nos encargamos del proceso de elaboración. Y todas las partes de la Fundación trabajan para la siembra de la materia prima. Estamos en el proceso de registro de marca, conseguir un proceso de registro Invima. El año pasado sembramos el maíz y el cacao, hicimos las primeras pruebas para ver si el producto pegaba y funciona. No contamos con ningún tipo de apoyo estatal.

Aquí todos trabajamos con la tierra recuperada, ya que también hicimos parte del proceso de recuperación de tierras. Algunas de ellas están en esas tierras, otras en tierras propias. Nosotras nos dividimos todo, los turnos para sembrar, para fabricar, para vender y en eso participa toda la familia, no solo las mujeres, por lo que todas ganamos.” (entrevista Denia Montaña, 2024).

Este proyecto del chocolate criollo ilustra cómo la recuperación de prácticas agrícolas tradicionales puede convertirse en una herramienta poderosa para la sostenibilidad económica, la preservación cultural y la defensa del territorio frente a las amenazas ambientales y económicas. Además, el éxito de este producto fortalece la identidad comunitaria y ofrece una alternativa viable y sostenible frente a las prácticas agrícolas industriales.

En este sentido, las labores de las organizaciones y fundaciones conforman un trabajo mancomunado, por lo que su conformación no solo representa un grupo limitado de personas, sino unos intereses comunitarios. Las especificaciones en las que cada asociación vuelve su interés principal o su experticia solo responden a los espacios, opciones y gremios con los que cuenta. Pero no son excluyentes entre sí ni representan algún tipo de rivalidad, refiriéndose a las asociaciones, fundaciones o grupos aquí mencionados.

Me gustaría culminar este aporte compartiendo ahora el proyecto de la familia Montaña. Durante las décadas de los 2000, han convertido lo que era la finca Santa Rosa, un predio familiar que, como cualquier otro del resguardo, se dedicaba a la ganadería y el cultivo, en una reserva natural. Esta ofrece un nuevo hogar a muchas especies, como monos, osos perezosos y serpientes, que cada vez tienen menos hábitat natural debido a la acelerada explotación del territorio. Esto se logra mediante la conservación del bosque tropical y seco de la región.

Esta iniciativa atraviesa y responde a cada una de las etapas y problemáticas mencionadas, ya que desde los años 70 la familia ha estado presente en los distintos movimientos por la protección del resguardo. Han participado en el sindicalismo por el magisterio y en la toma de tierras, un proceso en el cual, en los años 90, el predio mencionado se vio amenazado por los golpes paramilitares, pero la familia se negó a abandonarlo. También han participado en el proceso para que en 2007 se constituyera Tuchín como municipio, lugar donde reside la familia y donde se encuentra ahora la reserva Santa Rosa.

CONCLUSIÓN

La lucha por la tierra y los derechos de las comunidades indígenas en el resguardo de San Andrés de Sotavento ha sido una travesía ardua y compleja, marcada por décadas de conflicto,

resistencia y adaptación. Este recorrido histórico revela no solo los desafíos enfrentados por estas comunidades, sino también la evolución de sus estrategias y la importancia de reconocer y visibilizar el papel crucial de las mujeres en estos procesos.

Desde las tomas de tierras en los años 70, 80 y 90, hasta los procesos organizativos más recientes, se ha evidenciado una transformación significativa en la manera en que estas comunidades enfrentan las adversidades. Durante los años 70 y 80 las mujeres fueron relegadas a roles secundarios y sus contribuciones fueron invisibilizadas. Sin embargo, con el tiempo y mediante la organización y la asociabilidad, durante los años 90 hasta la actualidad han logrado emerger como líderes y protagonistas en la lucha por la tierra y la preservación cultural.

El resguardo San Andrés de Sotavento ha demostrado que la lucha por la tierra y la defensa del territorio no solo es una cuestión de resistencia física, sino también de organización comunitaria, preservación cultural y adaptación innovadora. Las mujeres, en particular, han jugado un papel fundamental en este proceso, transformándose de sujetos invisibles a líderes reconocidas, impulsando proyectos que promueven la sostenibilidad, la equidad de género y la recuperación de prácticas agrícolas ancestrales. Su labor, aunque muchas veces silenciada, es esencial para la construcción de un futuro más justo y equilibrado para sus comunidades. La gestión comunitaria de la tierra no solo preserva la biodiversidad y combate la crisis climática, sino que también asegura la supervivencia cultural y la justicia social para las generaciones presentes y futuras.

REFERÊNCIAS

ALZATE, A. Problemática social de los aborígenes de cordoba. **Monteria: COOEDUCORD**, 2003.

ARZENO, M. Extension en la territorio y territorio en la extension. Aportes a la discusion desde el campo de la Geografía. **Revista de Extension Universitaria**, 2018, pp. 3-11.

D'ARGEMIR, D.C Marxismo ecológico y ecologismo en antropología, entre la dimensión académicas y la dimensión política. Barcelona: **Ariel**, 1998.

DIAZ, C. La sutileza de la resistencia: mujeres y emociones contra el despjo en la frontera Sur de Chiapas. Mexico: **Catedra Jorge Alonso**, 2023.

CASTELLANOS, A. Violencia y rebeldía de pueblos indígenas en México, continuidad y ruptura. México. **Benemérita Universidad Autónoma de Puebla**. 2019.

CRENSHAW, K. Denigración de raza y género, una crítica feminista negra, la doctrina antidiscriminación. **Foro jurídico de la Universidad de Chicago**. 1989.

REICHEL-DOLMATOFF, G., & REICHEL-DOLMATOFF, A. Reconocimiento arqueológico de la hoyita del río Sinú. **Revista Colombiana De Antropología**, 6, 1957. p. 31–149.

<https://doi.org/10.22380/2539472X.1790>

RECAR. (23 de Septiembre de 2012). Grupo SEMILLA. Obtenido de **Declaración del Resguardo Indígena Zenú, Córdoba y Sucre, como Territorio Libre de Transgénicos.:**

<https://semillas.org.co/es/resultado-busqueda?buscar=san+andres+de+sotavento+>

SCHENEROCK, A. R. La Palma Aceitera desde la Palabra de las Mujeres. **Diagnóstico de la palma aceitera** (*Elais guineensis Jacq.*) y sus efectos en los territorios de Chiapas México, 2021.

Disponible en <https://aguayvida.org.mx/wp-content/uploads/2021/08/Mujeres-y-Palma-Aceitera-Diagno%CC%81stico.pdf>.

SMITH, Y. El sujeto: los espacios públicos y privados desde el género. **Revista de Estudios Culturales**, 2008. p. 113-126.

VELANDIA, D. **Liderazgo indígena: institución política y tradición de lucha en el pueblo Zenu**. Bogotá: universidad Nacional de Colombia, 2003.

ABU-LUGHOD. L. El islam y los discursos de género de la muerte. **Revista internacional de estudios de Oriente Medio**, 1993, pp. 187-205.